

SAN JOSEMARÍA Y LA BASÍLICA DE SAN MIGUEL

El pasado 20 de abril se cumplieron 82 años de la primera Misa de San Josemaría en la entonces iglesia de San Miguel. Así lo cuenta el profesor Martín Bravo en su documentado estudio sobre la Basílica: *“El 19 de abril de 1927 (martes de Pascua) tendría lugar en el Templo de San Miguel un hecho que entonces pasó inadvertido, pero que con el tiempo habría de ser recordado como un acontecimiento de extraordinario interés histórico; se trata de la visita que San Josemaría Escrivá de Balaguer, joven sacerdote -llegado ese mismo día procedente de Zaragoza- hiciera al Rector de la Iglesia, con el fin de entregarle los documentos justificativos que habrían de servirle para que le fueran concedidas las licencias ministeriales y, entre ellas, la de celebrar la Santa Misa, como así haría al día siguiente, en la propia iglesia de San Miguel”.*

De modo que el 20 de abril de 1927 Tenemos constancia de que San Josemaría celebró su primera Misa madrileña en este templo.

En 1930, por decisión de la Santa Sede, la iglesia de San Miguel fue erigida en Basílica Menor. Como tal tiene otorgada la concesión de unos días en los que puede lucrarse indulgencia plenaria. Uno de los días designados para ello es el del

aniversario de esta Misa. De modo que cada 20 de abril puede lucrarse indulgencia plenaria visitando la Basílica y cumpliendo las demás condiciones acostumbradas.

En noviembre de 1959 la Nunciatura Apostólica confió el cuidado pastoral de la Basílica a sacerdotes del Opus Dei. El 17 de octubre de 1960 San Josemaría celebró la Misa con el templo repleto de hijas e hijos suyos.



En la homilía comenzó diciendo: *“Sentaos... los que podáis. Yo quiero deciros unas palabras en esta iglesia de Madrid, donde tuve la alegría de celebrar la primera Misa mía madrileña. Me trajo el Señor aquí con barruntos de nuestra*

Obra. Yo no podía entonces soñar que vería esta iglesia llena de almas que aman tanto a Jesucristo. Y estoy conmovido. Conmovido porque os tengo que decir que vosotros y yo hemos de cumplir un mandato divino maravilloso: primero, en nuestra vida personal; después, influyendo en la vida de los demás, en todos los ambientes del mundo. Porque os tengo que decir que no hay no hay nación en América y en la Europa libre, donde no haya corazones que no vibren como nosotros. Porque os tengo que decir que comienzan a brotar vocaciones como las vuestras y la mía en en tierras africanas y asiáticas. Hijos míos, vocación divina he dicho y no he exagerado nada”.

DEJAR OBRAR A DIOS

Reproducimos un artículo del entonces Card. Ratzinger publicado con ocasión de la canonización de Josemaría Escrivá en "L'Osservatore Romano", 6 de octubre de 2002 .

Siempre me ha llamado la atención el sentido que Josemaría Escrivá daba al nombre Opus Dei; una interpretación que podríamos llamar biográfica y que permite entender al fundador en su fisonomía espiritual. Escrivá sabía que debía fundar algo, y a la vez estaba convencido de que ese algo no era obra suya: él no había inventado nada: sencillamente el Señor se había servido de él y, en consecuencia, aquello no era su obra, sino la Obra de Dios. Él era solamente un instrumento a través del cual Dios había actuado.

Al considerar esta actitud me vienen a la mente las palabras del Señor recogidas en el evangelio de San Juan 5,17: "Mi Padre obra siempre". Son palabras pronunciadas por Jesús en el curso de una discusión con algunos especialistas de la religión que no querían reconocer que Dios puede trabajar en el día del sábado. Un debate todavía abierto y actual, en cierto modo, entre los hombres –también cristianos– de nuestro tiempo. Algunos piensan que Dios, después de la creación, se ha "retirado" y ya no muestra interés alguno por nuestros asuntos de cada día. Según este modo de pensar, Dios no podría intervenir en el tejido de nuestra vida cotidiana; sin embargo, las palabras de Jesucristo nos indican más bien lo contrario. Un hombre abierto a la presencia de Dios se da cuenta de que Dios obra siempre y de que también actúa hoy; por eso debemos dejarle entrar y facilitarle que obre en nosotros. Es así como nacen las cosas que abren el futuro y renuevan la humanidad.

Todo esto nos ayuda a comprender por

qué Josemaría Escrivá no se consideraba "fundador" de nada, y por qué se veía solamente como un hombre que quiere cumplir una voluntad de Dios, secundar esa acción, la obra –en efecto– de Dios. En este sentido, constituye para mí un mensaje de gran importancia el teocentrismo de Escrivá de Balaguer: está en coherencia con las palabras de Jesús esa confianza en que Dios no se ha retirado del mundo, porque está actuando constantemente; y en que a nosotros nos corresponde solamente ponernos a su disposición, estar disponibles, siendo capaces de responder a su llamada. Es un mensaje que ayuda también a superar lo que puede considerarse como la gran tentación de nuestro tiempo: la pretensión de pensar que después del *big bang*, Dios se ha retirado de la historia. La acción de Dios no "se ha parado" en el momento del *big bang*, sino que continúa en el curso del tiempo, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de los hombres.



El fundador de la Obra decía: yo no he inventado nada; es Otro quien lo ha hecho todo; yo he procurado estar disponible y servirle como instrumento. La palabra y toda la realidad que llamamos Opus Dei está profundamente ensamblada con la vida interior del Fundador, que aun procurando ser muy discreto en este punto, da a entender que permanecía en diálogo constante, en contacto real con Aquél que nos ha creado y obra por nosotros y con nosotros. De Moisés se dice en el libro del Éxodo (33,11) que Dios hablaba con él "cara a cara, como un amigo habla con un amigo". Me parece que, si bien el velo de la discreción esconde algunas pequeñas

señales, hay fundamento suficiente para poder aplicar muy bien a Josemaría Escrivá eso de “hablar como un amigo habla con un amigo”, que abre las puertas del mundo para que Dios pueda hacerse presente, obrar y transformar todo.

En esta perspectiva se comprende mejor qué significa santidad y vocación universal a la santidad. Conociendo un poco la historia de los santos, sabiendo que en los procesos de canonización se busca la virtud “heroica” podemos tener, casi inevitablemente, un concepto equivocado de la santidad porque tendemos a pensar: “esto no es para mí”; “yo no me siento capaz de practicar virtudes heroicas”; “es un ideal demasiado alto para mí”. En ese caso la santidad estaría reservada para algunos “grandes” de quienes vemos sus imágenes en los altares y que son muy diferentes a nosotros, normales pecadores. Esa sería una idea totalmente equivocada de la santidad, una concepción errónea que ha sido corregida – y esto me parece un punto central- precisamente por Josemaría Escrivá.

Virtud heroica no quiere decir que el santo sea una especie de “gimnasta” de la santidad, que realiza unos ejercicios inasequibles para las personas normales. Quiere decir, por el contrario, que en la vida de un hombre se revela la presencia de Dios, y queda más patente todo lo que el hombre no es capaz de hacer por sí mismo. Quizá, en el fondo, se trate de una cuestión terminológica, porque el adjetivo “heroico” ha sido con frecuencia mal interpretado. Virtud heroica no significa exactamente que uno hace cosas grandes por sí mismo, sino que en su vida aparecen realidades que no ha hecho él, porque él sólo ha estado disponible para dejar que Dios actuara. Con otras palabras, ser santo no es otra cosa que hablar con Dios



como un amigo habla con el amigo. Esto es la santidad.

Ser santo no comporta ser superior a los demás; por el contrario, el santo puede ser muy débil, y contar con numerosos errores en su vida. La santidad es el contacto profundo con Dios: es hacerse amigo de Dios, dejar obrar al Otro, el Único que puede hacer realmente que este mundo sea bueno y feliz. Cuando Josemaría Escrivá habla de que todos los hombres estamos llamados a ser santos, me parece que en el fondo está refiriéndose a su personal experiencia, porque nunca hizo por sí mismo cosas increíbles, sino que se limitó a dejar obrar a Dios. Y por eso ha nacido una gran renovación, una fuerza de bien en el mundo, aunque permanezcan presentes todas las debilidades humanas.

Verdaderamente todos somos capaces, todos estamos llamados a abrirnos a esa amistad con Dios, a no soltarnos de sus manos, a no cansarnos de volver y retornar al Señor hablando con Él como se habla con un amigo sabiendo, con certeza, que el Señor es el verdadero amigo de todos, también de todos los que no son capaces de hacer por sí mismos cosas grandes.

Por todo esto he comprendido mejor la fisonomía del Opus Dei: la fuerte trabazón que existe entre una absoluta fidelidad a la gran tradición de la Iglesia, a su fe, con desarmante simplicidad, y la apertura incondicionada a todos los desafíos de este mundo, sea en el ámbito académico, en el del trabajo ordinario, en la economía, etc. Quien tiene esta vinculación con Dios, quien mantiene un coloquio ininterrumpido con Él, puede atreverse a responder a nuevos desafíos, y no tiene miedo; porque quien está en las manos de Dios, cae siempre en las manos de Dios. Es así como desaparece el miedo y nace la valentía de responder a los retos del mundo de hoy.

